

SUPLEMENTO FEMENINO

DE

EL BIEN PÚBLICO

Mahón, 21 de Enero de 1926

CATECISMO DE LA OBRERA

- POR -

ATTILIO BRÚSCHETTI

IV

El mundo ha trazado una especie de línea divisoria entre patronos y obreros, que debiendo vivir como hermanos y colaboradores, se miran como perros y gatos, con un rencor y un odio que (por ser mal consejero) es causa de inmensos perjuicios para ambos. Lo que perjudica inmensamente a la humanidad es la *competencia*, que debe ser substituída por la COOPERACIÓN, para que cada cual, animado de amor y de justicia, trabaje exactamente los deberes de su estado, oficio y especial situación.

Es verdad que los patronos no hubieran mejorado las condiciones del trabajo si no los hubieran obligado los obreros; pero ¿cumplen hoy los obreros fielmente su deber? ¿No hay muchas exigencias, muchas imposiciones tiránicas envueltas en una enorme ola de odio? Por ambas partes habrá injusticias hasta que una majestuosa oleada de fraternal amor purifique el pantano de odio cuyo cieno nos tiene aprisionados.

Cuando el patrono (no tratándose de una imposición violenta y brutal) viera que el elemento obrero demanda alguna mejora basada en la justicia, no podría negarla, sobre todo si la opinión pública simpatizase con la justa demanda. Pero debemos decir la verdad. El elemento obrero se ha enajenado las simpatías de la clase media, que es la que recibe los golpes de unos y otros y se encuentra como entre el yunque y el martillo.

Generalmente, el obrero manual gana hoy buenos jornales, y si la familia le ayuda, ingresa cada semana una cantidad suficiente para vivir con holgura. En cambio, la clase media, por razón del ambiente social en que se mueve, sufre privaciones y estrecheces cual no te puedes imaginar.

Hoy la obrera viste con un lujo que ni hubiera soñado cuando, hace treinta años, iba casi harapienta. Que vaya decente, limpia y modesta está muy bien; pero que ostente mucho lujo, está muy mal. El lujo excesivo es la perdición del mundo, y por ostentarlo hay quien hasta sacrifica el honor. Piénsalo bien y verás que el lujo es la peor de las ambiciones. Por el lujo se roba, se miente, se envidia a los demás y hasta se vende miserablemente el cuerpo con pérdida de todo decoro y dignidad.

De esto no culpó a la obrera, sino a las clases altas, por el funesto ejemplo que dan de invertir su dinero en nocivas y ostentosas frivolidades. Es muy natural que las gentes humildes, cegadas por esa ostentación, deseen vestidos de seda, joyas deslumbrantes, caballos, autos, manjares complicados que estropeen el estómago, bebidas excitantes y diversiones caras e inmorales. Los pobres de espíritu, en su ignorancia, exclaman: «¡Esto es vivir!» Y yo digo: «¡Esto es matarse!»

El pasado verano me encontraba en un modesto balneario, donde solemos reunirnos un corto número de amigos, antiguos clientes del establecimiento. Allí vamos con el fin de restablecer nuestra salud y dedicarnos a saludables excursiones, sin lujo de ningún género. Verías allí señoras y señoritas en traje de casa, dedicadas a sus quehaceres. Un día se presentó allí una jovencita, sobrina de la cocinera del balneario y aprendiz de un taller de modista de la cercana ciudad. Traía nada menos que siete vestidos, y decía haber dejado otros tres, los mejores, en casa de unos parientes. Contaba que tenía un novio de distinguida familia, que le dedicaba versos; pero cuando recibía carta de su casa necesitaba que una de las jóvenes, compañeras nuestras, se la leyese. No te pongo este ejemplo en son de crítica, sino que veas cómo la pasión del lujo se ha infiltrado tanto en todas las clases sociales, que lo debemos considerar como un cáncer que corroe el cuerpo del enfermo, envenena su sangre y le lleva a la muerte.

Las inexpertas muchachas, cegadas por el lujo, son víctimas de una especie de locura que les hace perder el sentimiento de justicia y la idea del bien. Todo lo harán con el fin de engañarse, por tener la vana satisfacción de aventajar a las demás mujeres y exclamar orgullosas: «¡Miradme; yo soy más elegante que vosotras y tengo dinero para ataviarme con más lujo que vosotras!»

Cuando se encuentren sin recursos y no puedan deslumbrar a las amigas y conocidas, pasarán por encima de todo, siendo causa de la deshonra de su familia y de la suya propia. No las conmovieron las lágrimas de sus madres... ya no tendrán entrañas. ¿Qué fin les espera?

La Moda en París

(Servicio del CONSORTIUM DE PRESSE)

París, Enero de 1926.

Trajes-sastre y conjuntos

El último mes del año se vive en constante agitación; todo se vuelve baile, fiestas de familia y cenas de media noche. Y ciertamente no es la menor preocupación la de elegir los regalos que hay que hacer en estas fechas solemnes... Más de una vez no vacilaríamos en gastar algo más, con tal de no vernos en el embudo irracional de escoger, y otra persona se encargase de elegir por nosotras. Las personas a las que no les molesta la imaginación proceden con arreglo a la costumbre antigua y regalan flores y bombones variados. Pero las mujeres del gran mundo reciben en esta época tantas *corbeilles*, tantas cajas de chocolate que llegan a no conceder importancia alguna a estos presentes.

Muy a menudo la caja de bombones va a parar a manos de una amiga de poco trato a la que se empezaba a olvidar, o bien sirve para hacer feliz a un pariente pobre.

Estas costumbres son muy pueriles, y por eso, los espíritus delicados prefieren regalar un *bibelot* que denote un gusto muy personal.

Por fortuna, desde hace algunos años los accesorios de la *toilette* han adquirido gran desarrollo. Los fabricantes crean cada mes nuevos objetos que presentan un vago carácter de utilidad y que sirven sobre todo para comple-



Falda y paletot en terciopelo color violeta, sobre un chaleco blanco

tar un vestido. Existen bolsos «dernier cri» de cuero liso en las tonalidades beige, habano y gris de un tamaño que recuerda el de las maletas. Por la noche se llevan bolsillos bordados, constelados de pedrerías; hay también minúsculas boquillas de cocha u oro, y mecheros que serán bien acogidos por aquellas que fumen; no faltan tampoco «abantos» primorosamente trabajados que servirán en momento oportuno para disimular un disgusto o una emoción. Se puede recurrir asimismo a los regalos útiles, especialmente si se trata de una amiga íntima o de una parienta. ¿Cuál es la mujer que no se alegra al recibir de regalo medias de seda y guantes, en este período de crisis económica? Pero ¿y de los hombres? ¿Quién se acuerda de ellos? Nadie; el único regalo que reciben en estos días es de facturas de la modista de su esposa.

Las mujeres tenemos siempre una excusa para justificar el gasto de la *toilette*, y este año es razonable... La moda es sencillamente encantadora y en ella triunfa el color. El verde esmeralda, el ciruela, el violeta ópera, el palo de rosa, el granate y el rojo han venido a substituir al negro que era excesivamente severo.

Hemos admirado en un te, un soberbio abrigo de terciopelo inglés, verde almendra; guarnecido de *petit gris*. El Rasha y el terciopelo de lana escarchado se utilizan especialmente para confeccionar abrigos prácticos.

El terciopelo compone vestidos elegantes destinados a las ineludibles obligaciones de la vida mundana.

Los abrigos llevan abundante guarnición de piel, y los bordados que tanto privaron durante cierto tiempo han caído en desuso. Los últimos refinamientos introducidos en la composición de las telas y en la reelección de las pieles permite darles un aspecto decorativo que no poseían hasta ahora.

Nada tan bello, claro es, como las pieles auténticas; pero alcanzan precios imposibles y pocas señoras pueden ofrecerse tal lujo. El skung, la chinchilla, la cebelina, el vison y el armiño son verdaderamente inabordable.

Veamos un bonito conjunto que hemos advertido en los salones de uno de los primeros modistos. Es de terciopelo dorado adornado de vison: la hebilla y los botones son de oro.

Contemplad otro modelo no menos lindo, es un abrigo de terciopelo de lana beige y terciopelo de lana habano. En la espalda lleva guarnición de piel de castor. Pero lo que verdaderamente está de moda es la piel teñida. La liebre adquiere reflejos oxigenados; el car-

nero se convierte en azul, el topo se transforma en doradillo y la rata cobra un singular matiz violeta.

Con las pieles teñidas y convenientemente trabajadas, se obtienen gratas armonías de color. Esta moda es una de las manifestaciones de la afición a lo raro que caracteriza fines de época.

Vestidos de tarde

Las mujeres se han hecho más prácticas y refinadas. Llaman la atención las escisiones que se advierten en los vestidos, según el uso a que se destinan. No acabamos de comprender como las elegantes del tiempo pasado podían pasearse en el campo con tacones Luis XV y con vestidos de seda muy lujosos, es verdad, pero también muy molestos. En nuestra época cada actividad exige una especialidad indumentaria. El traje de sport, por ejemplo, tiene formas peculiares y se confecciona con telas exclusivamente destinadas a dicho objeto.

En los demás vestidos se advierte también una acusada tendencia a clasificarlos con arreglo a géneros bien definidos. Hace algunos años una mujer empleaba para ir al teatro el mismo vestido que se ponía para recibir las visitas. Ahora, la moda exige que por la noche se lleven vestidos escotados; con ello el aspecto de las salas de baile y de espectáculo gana en brillo y armonía. El inconveniente del nuevo estado de cosas es que se necesitan conjuntos apropiados para todas las horas del día, lo cual no resulta fácil a las mujeres que no disponen de grandes recursos. A decir verdad, después de la gran guerra nuestra riqueza indumentaria ha aumentado considerablemente. El traje sastre se lleva especialmente por las mañanas, para ir de tiendas, para hacer encargos y recorrer los grandes almacenes. Debe ser de aspecto más bien sobrio, pero por otro lado esta sencillez es bastante costosa, ya que las telas de lana de buena calidad valen tanto como los tejidos de seda.

La elegancia, de un traje reside especialmente en la belleza y calidad de la tela; los productos textiles que se llevan actualmente han llegado a una gran perfección. El Rasha resulta muy *chic* y especialmente este año que se hacen Rashes de exquisitos matices, como el azul marino, el palo de rosa el verde y el burdeos.

Hemos admirado un primoroso traje sastre en una casa muy reputada de la avenida de los Campos Elíseos. Es de Kashadrap burdeos guarnecido de lince, la falda lisa.

La línea no sufre gran modificación. La



Vestido abrigo en Rasha cabeza de negro, el plastrón y la banda abotonada son del mismo género, color beige

jaquette se ensancha por abajo, por medio de godets. Como la moda dura lo que dura una temporada debemos prepararnos para próximos cambios.

Es agradable poseer, para llevarlo por la tarde, un vestido sencillo y práctico, pero que al mismo tiempo sea elegante. En este caso me permito aconsejar el reps o el terciopelo inglés de lindo color.

A este género pertenece el vestido que hemos visto en una de las últimas colecciones. Es de reps palo de rosa adornado con galones de piel plateada. Se ven pocos cuerpos totalmente rectos; la disposición de los botones, un efecto de canesú ponen una nota grata y original. Se tiende a abandonar las guarniciones excesivamente lisas. Hemos advertido más adornos, más efectos de chalecos y pecheras guarnecidas de bordados. Se adopta en general el escote alto. Los cuellos de piel dorada, de forma blandine, realzan los vestidos de terciopelo negro.

Debemos mencionar la creciente afición a las joyas falsas, a los adornos brillantes que constituyen uno de los elementos esenciales de la moda actual.

Muy frecuentemente se sujeta un pan por medio de motivos de simili; las hebillas de cinturón de nacar, stress y oro son de un trabajo muy delicado.

Hemos visto en un *matinée* teatral un vestido de crespón grueso estampado *chaudron* sobre fondo beige y crespón beige liso. El cinturón es de gamuza *chaudron* y la hebilla de oro. Reina en los dominios de la moda una grata diversidad, y se observa en los detalles una fantasía y una sutileza de matices que dan a los vestidos inconfundible sello de elegancia.

Un cuento de amores

Por tercera vez mi amigo llenó de ron la copa que delante de sí tenía, la bebió de un trago y continuó:

«Felices corríamos por el soto; ella, Carmita, nos retaba valientemente a mi hermano Jorge y a mí. ¡A ver quién me coge—decían riendo sofocada—¿a que no me alcanzáis? ¡Ea, cobardes!»

Parece que aún la estoy viendo; sus hermosísimos ojos negros brillaban como carbunclos; ondulaba su pecho; la triguera color de su rostro adquiriera suaves y rosados tonos con la agitación de la carrera; los oscuros ricitos que sombreaban su frente pura, temblaban medio deshechos al contracto de la brisa ligera, saturada de selvático perfume que por la campiña volaba juguetera. Su boca tentadora reía sin cesar descubriendo la blancura macarada de sus menudos dientecillos; cimbrea airoso su talle esbelto y su cuerpo tomaba a cada momento graciosas o arrogantes aposturas; al correr, su almidonada falda sonaba rumorosa cual aléteo de paloma que emprende el vuelo.

Lucía, su hermana mayor, de carácter menos revoltoso y bullanguero que Carmen, se cansó pronto de corretear con nosotros; fué a sentarse sobre un gran peñasco cubierto de musgo resguardado del sol por la copa ancha y espesa de una robusta encina. Allí, al lado estaba su padre, casi tendido en la hierba, los ojos medio cerrados; seguía nuestras carreras y juegos con placida y bonachona sonrisa. Estefanía, su cara mitad, paseaba su gruesa persona alrededor de las cacerolas, donde la comida se preparaba, dando órdenes con su vocecilla aguda de niña a la moffetada maritornes, la cual obedecía pronto en silencio. No lejos estaba la vetusta y desbarnizada carretela de alquiler que nos conduciera a aquel sitio delicioso. El cochero había desenganchado los caballos para después de maniatados dejarlos que paciesen libremente la fina, hierba que en todo el soto crecía abundante. Relinchaban de contento los brutos pugnando por romper sus ligaduras. Recostado el cochero en la lanza del vehículo se reía de sus esfuerzos, dando

con frecuencia ávidas chupadas a la gruesa y requemada colilla que colgaba de sus labios abultados y vinosos. La cual despedía nubarrones de humazo espeso y blancuzco. De cuando en cuando, con voz ronea, increpaba a los animales en son de amenaza «caballo loooh; caballo!» si estos extremaban sus botes y cabriolas.

¡Qué hermoso día! El cielo azul, azul, sin un vapor que lo empañara; el sol brillando esplendoroso inundaba con sus rayos cuanto alcanzába la vista; se apoderaba de la arboleda, se hundía en la campiña, se reflejaba potente en las limpias aguas del río que por allí corría precipitado y mugidor... Se posesionaba de todo, arrancando destellos diamantinos de las lentejuelas de mica espolvoreadas en las rocas aquí y allá esparcidas, rasgando con su luz poderosísima el follaje de la arboleda, envolviendo cielo y tierra en su candente oleada de oro.

Se escuchaban monótonos cantos de mujeres; eran escardadoras que limpiaban de hierbas malas un lozano sembrado de trigo, al otro lado del río situado. Alguna vez divisábase un momento, oscilando sobre las espigas, sus cabezas tostadas, cubiertas con pañuelos de vivos colores. En una colina, a la izquierda, pastaba un hato de ovejas y cabras; el tintineo de sus cencerilla y esquillas solía llegar hasta nosotros confundido con su balar plañidero y con el sordo gemido de la hojarasca estremecida por la brisa. En los altos álamos que sombreaban las márgenes quebradas de la corriente, no faltaban mirlos y ruiseñores que, sin asustarse gran cosa de nuestros gritos, gorjeaban alegres saltando de rama en rama.

Carmita ya no osaba llamarnos cobardes a Jorge y a mí... Una vez él y otra yo habíamosla atrapado sin que le valieran sus ágiles tretas; ni su ligereza de ardilla. Se enfadó, dijo nos aprovechábamos de que estaba ya un poco cansada; además, las pícaras faldas eran un estorbo para correr.

«¿Oís? A la tercera va la vencida—gritó, de pronto, muy picada, relampagueándola los hermosos ojos, en tono de desafío. ¡Ea! A la una a las dos, a las tres...»

Partió como una saeta en dirección al río; Jorge no quiso seguirla; se encogió de hombros sonriendo mientras se limpiaba el sudor que le humedecía el cuello. Yo, admitiendo el reto de Carmita volé tras ella... Lo que luego pasó, aun hoy no acierto bien a explicármelo... Ya casi en el borde de una roca que el río batía con sus ondas arremolinadas; intenté sujetar a Carmita que ya estaba a mi alcance, pero ella, despechada, rabiosilla, contrariada por su nueva derrota, quiso escaparse; entonces resbaló, vaciló un segundo, perdió el equilibrio y se desplomó en las aguas dando un grito de agonía... Jamás olvidaré aquel grito que me heló de espanto y de horror».

Mi amigo calló al decir esto; llenó otra vez lentamente de ron su copa; la sorbió luego, encendió un habano y siguió de este modo su relación:

«Vi desaparecer a Carmita entre las ondas espumosas de la corriente; después, más abajo, vi reaparecer un momento algo de su falda y una de sus manos, que agitaba con los dedos crispados...»

Deseché instantáneamente la estupefacción que de mí se había apoderado; porrumpí sin poderlo remediar, sin darme cuenta, una gran voz que debió oírse a distancia, angustiada y dolorosa:

«¡Carmita! ¡Carmita! ¡Carmita!»
Y arrojando al suelo mi americana y

mi sombrero, me lancé entre las aguas dispuesto a salvarla o a perecer con ella. La corriente me arrastraba veloz; yo nadaba brioso haciendo esfuerzos sobrehumanos... No tardé en alcanzarla; estaba sin movimiento, retorcida, con la boca apretada. La así fuertemente por la cintura y nadé con la fuerza de la desesperación, que ya otra no me quedaba, hacia la orilla más cercana; cuando puse el pie en tierra zumbaban mis oídos, se me nublaba la vista, respiraba trabajosamente; por fortuna, me repute pronto de aquel desfallecimiento: entonces al ver a Carmita que yacía allí a mi lado, inerte, pálida como una difunta, me sobrecogió... La llamé varias veces y no me respondió; tendí la vista ansioso a mi alrededor; no se veía alma humana; pedí socorro... nada, tan solo escuché los silbidos agudos de un mirlo, que espantado, huyó de entre unos zarzales próximos... Anheloso volví a coger a Carmita entre mis brazos, puse el oído junto a su corazón; ¡oh! ¡dichal! ¡latía, aunque con golpeteo débil, debilísimo, casi imperceptible!».

Apuré mi amigo la quinta copa de ron; sonrió con melancólica sonrisa.

«Yo—siguió diciendo—adoraba a aquella niña con un amor ardiente y profundo. No lo ignoras.

Apelé a cuantos medios me sugirió mi imaginación para hacerla recobrar el sentido. Por fin un suspiro tenue estremeció su pecho inundándome de gozo; volvía a la vida, estaba salvada. Dominado de súbito por un impulso vehemente, loco, engendrado en la alegría inmensa que embargó mi ánimo, uní mis labios a los suyos.

«¡Carmita, Carmita!... te adoro. —Jorge ¿eres tú? también yo te amo.

Algo dentro de mí se derrumbó con fuerza espantosa... ¡qué brutal surgió aquel desengaño anegando, de pronto, mis dulces esperanzas, mi mágico ensueño!

«Jorge... Jorge era mi hermano!

Volví a sonreír tristemente.

«Sigue: ¿qué hiciste después?—interrogué a mi amigo, que apagando poco a poco su sonrisa, habíase quedado silencioso, torvo, con la mirada fija, viéndolo al influjo de aquel recuerdo. El miró un instante como extrañando mi pregunta. Luego, sordamente:

«¿Qué qué hice—exclamó—huir, huir de allí; apartarme de ella para siempre.»

Luego, continuó más tranquilo:

«Ya sabes, Carmita (apuró lentamente la sexta copa de ron,) Carmita está hoy casada con Jorge. Desde entonces mi vida se desliza triste, invariable y monótona... bebo; me consuela el beber; olvido; penetro en un mundo fantástico, hermoso, lleno de luz..., donde padezco...»

SILVERIO DE OCHOA.

EN EL TOCADOR

EL HERPE

El herpes se manifiesta por una serie de vesículas que se presentan sobre una base roja. Las vesículas son pequeñas y la erupción es irregular. Se transmite esta enfermedad por herencia y por contagio. Pueden ser de dos clases diferentes: los producidos por una causa exterior, y que son esencialmente locales, y los producidos por causas internas. Estos últimos son generalmente graves y exigen un tratamiento médico apropiado a la causa productora. Esto nos obliga a no tratar de ellos.

En cambio, los primeros son de una gran variedad, pero relativamente fáciles de combatir. Pueden ser herpes secos y herpes húmedos.

Los herpes secos tienen un aspecto harineo y como cubierto de caspa.

Los herpes húmedos manan un humor que al secarse forma costra.

Los procedentes de un contacto im-

puro ceden generalmente con un régimen refrescante y con lociones emolientes. Si al cabo de cinco o seis días el herpes perdura, se lava con agua fría salada, adicionándole algunas gotas de yodo y acabará por curarse a los dos o tres baños de sulfuro de potasio.

En general, el tratamiento consiste en lociones alcohólicas, espolvoraciones de subnitrito de bismuto, etc., o bien utilizando la siguiente fórmula:

Acido bórico pulverizado . . . 16 gramos
Oxido de cinc 10 »
Vaselina 60 »

Se aplica esta pomada en la región atacada antes de acostarse.

Dr. MANNHEIM

Glorifica tu patria

A mi hijo Politearpo, en su onomástico y cumpleaños.
XXIV-1-MCMXXVI

Hijo amado; mensajero de ilusiones y esperanzas; portador de un mundo, lleno de amorosas alianzas; de caricias y desvelos, de canciones maternas, sacrosantas, privaciones, vida y ansias...

Tú brotaste en el jardín de mis amores como planta venturosa y delicada, y cual soplo matutino y perfumado, inundaste de ventura una morada. Tú creciste al suave abrigo del regazo de una santa que te ofrendó hoche y día ternura, sangre y alma; y en cultivar tus virtudes, que, cual flores te adornaron, pusieron toda su vida estas dos añejas hayas.

Hijo amado; primogénito capullo de una rama de leales servidores de su patria, cuyo orgullo es el mayor de los blasones de su ejecutoria hidalga.

Al dejarte, bullicioso, estos brazos que con fé te acariciarán para pagar a la madre una deuda sagrada.

Al partir con el bagaje luminoso del deber, como bandera inmaculada, en este hogar has dejado todo un mundo de tristezas y añoranzas; y un hueco que no hay quien llene, y una zozobra tirana; y en el nítido equipaje te has llevado

El aliento de dos almas, que bendicen, sin cesar, la rica ofrenda que destinan a la égida de su patria.

Hijo amado; cuando vayas a jurar de nuestra España, con el pecho en vibraciones afectado, esa inclita oriflama

que recorrió todo el mundo pregonando las grandezas de tu patria, y que ha sido por doquiera respetada y venerada.

Cuando el sacerdote diga si tu sangre derramaras, para defenderla siempre de villanas asechanzas...

pronuncia un «sí» inextinguible y en tus labios pon el alma, y cuando beses la cruz que forman pendón y espada, besa con el corazón

y únelo a la enseña, amada, que eso ennoblece a los hombres y da valor y constancia.

Y ya puesto el corazón sobre campos rojo y gualda, fúndelos en un aliento donde todo tu ser vaya.

Hijo amado; de vetusta sangre hidalga; nunca borres de tu mente la fidelidad jurada, y si en tu presencia osara alguien ofender tu patria, castígale con denuedo y enséñale a respetarla, que cuando todos sus hijos sepan ya glorificarla, exclame admirado, el mundo, ¡qué grande y noble es España!

JOSÉ M.^a CONESA
(De Las Noticias de Barcelona).

Imp. de M. Sintet Rotger. — Mahón